

EL MERCADERO DE LA NATURALEZA

EL MERCADERO DE LA NATURALEZA. SOBRE LOS INFORTUNIOS DE LA NATURALEZA CAPITALISTA

Martin O'Connor*



El control social del aire, el agua, etc., en nombre de la protección ambiental muestra de manera clara cómo los propios seres humanos se ven sometidos de una forma cada vez más profunda al control social. El he-

cho de que la naturaleza, el aire, el agua se conviertan en bienes escasos que se introducen en el campo de los valores después de haber sido simples fuerzas productivas, muestra cómo los mismos seres humanos se

* Profesor de Economía, Te Whare Waananga o Taamaki-Makaurau (Universidad de Auckland), Private Bag 92019, Auckland, Aotearoa (Nueva Zelanda). Publicado en primer lugar en *Capitalismo Natura Socialismo* (CNS-Italia) Anno Terzo n.8, pp. 45-79. Versión inglesa en *Capitalism Nature Socialism* 4(4) Nro. 16, diciembre de 1993. Ligeramente abreviado en

esta versión. Algunos de los temas fueron desarrollados en mi anterior artículo «The System Capitalized Nature», *CNS* 3(3), Nro. 11, septiembre 1992, pp. 94-99. Quiero manifestar mi agradecimiento por sus valiosos comentarios y discusiones a Giovanna Ricoveri, Danny Faber y a otros miembros del grupo *CNS* de Boston, Ariel Salleh y James O'Connor.

adentran cada vez más profundamente en el campo de la economía política. En el límite de esta evolución, después de los parques naturales, habrá probablemente una «Fundación Internacional del Hombre», del mismo modo que en Brasil ya existe una «Fundación Nacional del Indio»: «La Fundación Nacional del Indio vela por la conservación de la población indígena en las mejores condiciones posibles, así como (sic) por la supervivencia de las especies animales y vegetales que han vivido junto a ella durante miles de años». (Por supuesto, esta institución disimula y denuncia el genocidio y la masacre: se destruye y se reconstruye; siempre el mismo esquema.) El ser humano ya no se enfrenta a su entorno: él mismo es parte real del entorno que hay que proteger.¹

1. INTRODUCCION

La crisis ambiental ha dado un nuevo impulso a la sociedad capitalista liberal. Ahora, argumentando tener en sus manos la salvación del planeta, el capitalismo ha inventado un nuevo término para autolegitimarse: *el uso racional y sostenible de la naturaleza*. El propósito de este ensayo es exponer y criticar esta escapada hegemónica.

Más concretamente, nos ocuparemos, en términos teóricos, del proceso de *capitalización de la naturaleza* como respuesta en el seno del capitalismo (i) al ostensible problema de oferta que acarrea la disminución de los recursos naturales y la degradación de los servicios ambientales que se requieren para sustentar la producción de bienes de consumo; y (ii) a la resistencia por parte de comunidades y de sociedades enteras a la depredación ecológica y cultural provocada

por la expansión del capital. Por capitalización se entiende la *representación* del medio biofísico (naturaleza) y de las economías no industrializadas, así como de la esfera humana doméstica (naturaleza humana) como reservas de «capital», y la codificación de estos stocks como propiedad susceptible de ser comercializada «en el mercado», es decir, que puede venderse a un precio que represente el valor (utilidad) del flujo de bienes y servicios como factores de producción (inputs) de artículos básicos y en el consumo.

Mi principal argumento será el siguiente: a través de la capitalización de la naturaleza, el *modus operandi* del capital como sistema abstracto experimenta una mutación lógica. Lo que anteriormente se consideraba un ámbito *externo* y explotable, ahora se redefine como un stock de capital. En consecuencia, la dinámica primaria del capitalismo cambia, pasando de la acumulación y el crecimiento alimentados en el exterior de lo económico a ser una forma ostensible de autogestión y conservación del *sistema de naturaleza capitalizada* encerrada sobre sí misma.

A este proceso de lo que podríamos llamar la *expansión semiótica del capital* se une la co-opción de personas y movimientos sociales en el juego de la «conservación». Pero el resultado no es armonía y conservación, sino, por el contrario, una terrible y despreciable competitividad en todos los órdenes: una lucha política y militar con el objetivo de conseguir que intereses particulares y capitales sean valorados a expensas de otros y de exigir los recursos escasos (materias primas y servicios ambientales) que se necesitan para asegurar el mantenimiento de los intereses particulares o del stock de capital. En la resolución de esta lucha no existen cosas del tipo «un significativo equilibrio de intereses»², sino por

¹ De Jean Braudillard, «Design and Environment, or How Political Economy Escalates into Cyberblitz», pp. 185-205 en *For a Critique of the Political Economy of the Sign*, Telos Press, San Luis, 1981; traducción inglesa de *Pour une Critique de L'Economie Politique du Signe*, Gallimard, Paris, 1972.

² De hecho, expresiones y términos tales como mantener el equilibrio, tenerlo todo en cuenta o equilibrio ecológico tienen una *duplicidad inherente* y es

mejor no utilizarlos. Siempre es una cuestión de qué potencialidades vitales prevalecerán y cuáles no; qué intereses prevalecerán y cuáles no. En este punto véase, por ejemplo, R. Arnoux, R. Dawson y M. O'Connor, «The Logics of Death and Sacrifice in the Resource Management Reforms of Aoteroa/New Zealand», *Journal of Economic Issues*, diciembre de 1993.

el contrario lo que predomina es, por una lado, la aniquilación de los intereses y seres menos favorecidos, aquéllos de quienes se «usa y abusa»; y, por otro, el miedo de quienes «usan y abusan» a perder su lugar privilegiado, a verse aplastados por los planes de producción de otros o a quedar relegados a una posición marginal durante el camino.

Las degradadas condiciones de producción y la falta de acceso a los servicios necesarios que aparecen, de forma abstracta, como una amenaza a la acumulación del capital de un sujeto, son también, materialmente, «los medios de vida, los medios de supervivencia y consumo, y, en el caso de las fuerzas laborales, la vida misma»³. De esta forma, mientras el capital experimenta una crisis de los costes/viabilidad de su propia reproducción y acumulación, la gente experimenta una crisis en cuanto a la viabilidad y regeneración de sus condiciones de vida materiales y sociales. Consecuentemente, las contradicciones inherentes al proceso de capitalización pueden analizarse de manera abstracta (como se hace en este escrito) como contradicciones a nivel político y económico del proceso capitalista de acumulación-reproducción; pero tras esta abstracción se esconden las dimensiones personales, existenciales y sociales de lucha y crisis.⁴ Este teórico sistema de análisis debe verse como una más de las muchas dimensiones de la *resistencia* humana a la acumulación capitalista y al proceso de capitalización.

2. DEL DESPLAZAMIENTO DE COSTES A LA CAPITALIZACIÓN DE LA NATURALEZA

Según el análisis marxista tradicional, una crisis es la ocasión en la cual el capital

intenta retomar y volver a sus propios fines, es decir, reestructurar y racionalizarse a sí mismo para recobrar su capacidad de explotar a los trabajadores y a la naturaleza, con el fin de acumular la plusvalía para sí. El capital responde a la crisis ambiental, en primer lugar, mediante sus intentos de extender su hegemonía sobre las fuentes de las necesarias materias primas y servicios para producir bienes. James O'Connor ha sugerido que para enfrentarse a la crisis ambiental desde el lado de la oferta, el capital intentará *reestructurar* las condiciones para reducir costes. Muchas empresas capitalistas, completamente decididas a sobrevivir en un mundo competitivo, preferirán continuar incluso tratando a la naturaleza y a la sociedad como campos de acceso libre en los que poner trampas y minas a voluntad. Ejemplos de esto son no sólo las operaciones militares o cuasi-militares de *fuerza mayor*, sino también las grandes presiones ejercidas sobre los gobiernos, tales como no «vedar» las tierras a la minería; no capitular ante las «desproporcionadas» demandas de grupos de consumidores y de intereses comunitarios que buscan la conservación de los recursos naturales y la vida silvestre en lugar del desarrollo; o no imponer controles estrictos de polución y medidas para proteger la salud de los trabajadores.

Pero la empresa capitalista, a través de los efectos acumulativos de este *desplazamiento de costes*, tiende a destruir las condiciones de producción de las que depende. Esta es la «segunda contradicción del capitalismo» según han formulado James O'Connor y otros: los intentos de algunas empresas capitalistas por mantener o mejorar los beneficios manejando a su libre albedrío las condiciones de producción (medio

³ James O'Connor, en «The Second Contradiction of Capitalism: Causes and Consequences» en *Conference Papers, CES/CNS Pamphlet Series N.º 1*, Santa Cruz, 1990.

⁴ Este punto queda particularmente claro en los escritos de algunos/as analistas sobre perspectivas materialistas ecofeministas en relación al trabajo de la mujer, la tierra, el agua y la degradación ambiental. Por ejemplo, María Mies, *Women: The Last Colony*, Zed Books, Londres, 1988. Vandana Shiva, *Staying Alive: Women, Ecology and Development*, Zed

Books, Londres, 1989; Brinda Rao, «Women and Water in Rural Maharashtra», *CNS*, 1(2) N.º 2, junio 1989, pp. 65-82, existe traducción en el número 1 de *Ecología política*; Ariel Salleh, «Living with Nature: Reciprocity or Control?», pp. 245-253 en J.R. Engel & J.G. Engel (eds), *Ethics of Environment and Development*, Belhaven Press/Pinter, Londres, 1990; y «Class, Race and Gender Discourse in the Ecofeminist/Deep Ecology Debate», *Environmental Ethics*, 15, 1993, pp. 225-244.

ambiente físico, mano de obra y servicios sociales e infraestructuras), implican unos costes mayores de producción para el capital en su conjunto.⁵

Más aun, tales intentos por mantener condiciones favorables (para el capital) en los costes y en la oferta de las materias primas y los servicios necesarios (de la naturaleza, de mano de obra, de la sociedad como fuerza de socialización y de la infraestructura), puede suponer un caso claro de apropiación injusta de estos factores o un desplazamiento de costes hacia las comunidades locales, hacia el «contribuyente», y hacia las generaciones futuras. La politización de los temas ambientales es un signo claro de la resistencia social a estos hechos.⁶ En los casos en que la simple apropiación y el desplazamiento de costes no son posibles, existe una táctica alternativa (y en gran parte más viable) de relegitimización: la *capitalización* de las condiciones de producción. Esto implica la designación como stocks con valor económico de los antiguos aspectos «descapitalizados» del medio ambiente físico (naturaleza) y de la sociedad civil (infraestructura, hogares, naturaleza humana). Desde el punto de vista del capital, el establecimiento de unos claros «derechos de propiedad» sobre los dominios naturales, facilita su más alto valor de uso. Al mismo tiempo, las comunidades locales y los movimientos sociales (y, más en general, las sociedades y los pueblos) pueden verse seducidos a cooperar, haciéndoles aparecer como los *custodios de los «capitales» sociales y naturales* cuya gestión sostenible es, en consecuencia, tanto su responsabilidad como de la economía mundial.

Con bastante razón la gente es muy eséptica en cuanto al «reconocimiento» de

los hasta ahora elementos externos. En la mayoría de los casos, esta capitalización no es un signo de auténtico respeto y protección, sino que es un vehículo para la expropiación, el desposeimiento y el continuo desplazamiento de costes a gran escala. Lo que se nos revela es una terrible charada en la cual el capital extiende su hegemonía a base de «vivir de» la resistencia de los elementos de la naturaleza humana, los cuales, junto con sus hábitats, están siendo liquidados y convertidos en productos (racionalizados y reformados, como en las absorciones de empresas). El capital convierte la *gestión* de estas liquidaciones y reconstituciones en una nueva fuente de dinamismo. Los objetivos de los movimientos de protesta se disfrazan y la retórica conservacionista se convierte en un bendición no anunciada del propio proyecto capitalista de reproducción aumentada.

3. EL SISTEMA DE LA «NATURALEZA CAPITALIZADA»

Formalmente, el proceso de capitalización implica la introducción de un nuevo elemento o conjunto de elementos en el terreno de los bienes básicos, a través de un *proceso de colonización*. Elmar Altvater, puntualizaba en *CNS*⁷ lo siguiente:

La presión expansionista inherente a la lógica económica de la producción de plusvalía tiene una dimensión territorial (considerando que la producción es necesariamente siempre espacial). La producción de plusvalía es por tanto idéntica a la conquista económica-exploración, desarrollo, penetración y explotación-del espacio, o sea, «produc-

⁵James O'Connor, «Capitalism, Nature, Socialism: A Theoretical Introduction», *CNS* 1(1) N.º 1, Otoño 1988, pp. 11-38; y «The Second Contradiction of Capitalism: Causes and Consequences», *op. cit.* Ver asimismo varias otras colaboraciones en *CNS* (y en *Ecología Política*).

⁶Una serie de autores han analizado el caso de las organizaciones ecologistas como respuesta social a las «externalidades» reales o amenazantes del sistema de mercado mundial. Estas organizaciones «realizan una función en la cual el mercado falla», señalando la exis-

tencia de unos costes que el mercado ignora, y pidiendo que de alguna manera estas cantidades se paguen. Ver, por ejemplo, Juan Martínez-Alier, «Ecological Economics and Eco-Socialism», en *CNS* 1(2) N.º 2 (1989), pp. 109-122; y «Distributional Obstacles to International Environmental Policy: The Failures at Rio and Prospects after Rio», *Environmental Values* 2 (1993) pp. 97-124.

⁷Elmar Altvater, «Ecological and Economic Modalities of Time and Space», *CNS* N.º 3 (noviembre 1989), pp. 59-71.

ción de espacio». En principio el espacio se conquista extensivamente, más tarde se capitaliza intensivamente...

A continuación, afirma que esta «tendencia propagandista del mercado mundial» afecta a todo lo existente en el globo; y tiene razón. Deja claro a su vez que esta penetración, que en primer lugar implica una invasión, saqueo y expropiación, es igualmente una *conquista semiótica del territorio*. Esto incluye una especie de doble juego alrededor de la distinción capital/naturaleza. El capital defiende como racional y adecuada la apropiación de la naturaleza como algo «gratis», como deseado insumo de materiales y servicios. Pero entonces, si hay grupos sociales afectados que protestan por la apropiación en bruto, la estrategia de capitalización se utiliza para asegurar y legitimar el acceso; y además, como veremos, al coste más bajo posible. En este mecanismo, como ha señalado James O'Connor, el capital abstracto afecta la *producción ideológica* de la «naturaleza capitalista», denotando este término «todo lo que *no* es producido como bien básico pero que es tratado *como si fuera un bien básico*».⁸ Cuando se aplica al medio ambiente físico, este hecho normalmente se manifiesta en forma de creación de derechos de propiedad comercializables o monetarizables, por ejemplo sobre los bosques, pesquerías o recursos acuíferos. Con este movimiento ideológico, el antiguo ámbito externo (la «naturaleza») se redefine como capital valioso, presente en el sistema productivo mundial y susceptible de ser *gestionado racionalmente* como una empresa productiva.

A través de este proceso de *internalización de las condiciones de producción*, somos testigos de la emergencia de un sistema «ampliado» de capital que difiere en varios aspectos fundamentales de los sistemas ca-

pitalistas del siglo XIX. Hemos de hablar, por lo tanto, de una «mutación en el sistema de capital». La hipótesis de tal mutación no es nueva. Aparte de haber sido presagiada en una serie de trabajos de ficción especulativa, fue una tesis sistemáticamente desarrollada por Jean Braudillard en una serie de ensayos escritos en los años 70.⁹ En un trabajo, cuya traducción inglesa se titula: «Design and Environment, or How Political Economy Escalates into Cyberblitz»,¹⁰ lo describe imaginativamente como la aplicación de la «doctrina de participación y de relaciones públicas extendida a toda la naturaleza»:

La Naturaleza (que parece convertirse en hostil, deseosa de vengar su explotación mediante su deterioro) debe participar. Con la naturaleza, al mismo tiempo que con el mundo urbano, es necesario recrear la comunicación (es decir, implantar la armonía) a base de multitud de signos (como debe ser recreada entre empresarios y trabajadores, entre los gobernantes y los gobernados, con la fuerza de los medios de comunicación y con la planificación). En suma, se deberá ofrecer un contrato industrial: protección y seguridad —incorporando sus energías naturales, las cuales en caso contrario se convertirán en peligrosas, para poder regularlas mejor.¹¹

Aquí, Braudillard hace un paralelismo con el tratamiento de la mano de obra en las economías occidentales. A lo largo del siglo XIX, los salarios pagados a los trabajadores industriales sólo permitían que estos sobrevivieran en ínfimas condiciones. Ni los industriales ni los gobiernos pusieron mucho interés en las condiciones para regenerar las fuerzas laborales. El terreno doméstico/comunal de la actividad reproductiva de los seres humanos, y de la

⁸ J. O'Connor 1988, *op. cit.*, p. 7 y p. 23.

⁹ Véase *Pour une Critique de l'Economie Politique du Signe*, *op. cit.*; *Le Miroir de la Production*, Casterman, París, 1973; traducción inglesa: *The Mirror of Production*, Telos Press, St. Louis 1975; y *L'Exchange Symbolique et la Mort*, Gallimard, París, 1976, especialmente la Parte I titulada

«La fin de la production» (El fin de la producción).

¹⁰ En *Political Economy of the Sign*, traducción inglesa, *op. cit.*, pp. 185-203; más adelante citada como *Cyberblitz*; todas las referencias en las que se especifica la página se refieren a la traducción inglesa.

¹¹ *Cyberblitz*, p. 201.

regeneración de la mano de obra más en general, se situó del lado de la «naturaleza». En relación al capital, era un *ámbito externo*. El reconocimiento del valor «productivo» de la esfera familiar/doméstica/de subsistencia se limitaba al valor del salario cedido a aquellos miembros de la familia que participaban en la producción de los bienes básicos. Al mismo tiempo se requería que el sector familiar/doméstico absorbiera las cargas extras de las poco saludables condiciones de trabajo: congestión, polución, etcétera; costes todos ellos relacionados con las actividades del capital mismo.¹²

Así pues, y como es bien sabido, a mediados del siglo XX el mundo occidental fue testigo de un fantástico aumento en el consumo de bienes básicos, el llamado consumismo de las masas. Como respuesta a la crisis del «lado de la demanda» de los años 20 y 30, una combinación de la fórmula de Henry Ford «salarios altos = ventas altas» y de la política keynesiana de «cebar la bomba» (compensar mediante el gasto público el retroceso de la demanda) bastó para apuntalar los sistemas de producción capitalista durante los treinta años gloriosos que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. En el plano ideológico, el inducido consumo de masas funcionó como coartada del capital. A pesar de las denuncias de Marcuse y otros de un sistema que traía consigo la creación de «falsas necesidades» y de las denuncias de marxistas más tradicionales debido a la explotación de la fuerza del trabajo que conlleva, el suministro de abundantes «valores de uso» a la masa

¹² De hecho, el auténtico trabajo realizado —en su mayor parte por mujeres, como muchas escritoras feministas han subrayado— en las tareas de reproducción, obtención y elaboración de alimentos, cuidado de la casa y apoyos a la comunidad, así como «servicios» sexuales, se han venido ignorando desde hace tiempo por la mayoría de los teóricos «liberales» del capitalismo industrial. Véase, por ejemplo, Mary Mellor, «Eco-Feminism and Ecosocialism: Dilemmas of Essentialism and Materialism», *CNS* 3(2), N.º 10, junio 1990, pp. 51-52, que recapitula los argumentos defendidos, aunque de formas diferentes, por muchas escritoras feministas socialistas y eco-feministas, incluyendo a Susan Griffith, Maria Mies, Ariel Salleh, y Marilyn Waring. La activista y filósofa india Vandana Shiva afirma que, bajo las ideologías desarrollistas occidentales, la mano de obra femenina ha sido de hecho «calificada como no-laboral, como biológica; su

de abundantes «valores de uso» a la masa de ciudadanos se ha interpretado con éxito como el triunfo de la soberanía del consumidor.¹³ Como apunta Braudillard, los trabajadores son liberados como consumidores, pero esto sólo con el fin de servir mejor a la reproducción expansiva del capital.¹⁴ Esta invasión de lo doméstico viene a perfeccionarse, en términos ideológicos, a través de la teoría formal del *capital humano*, que afirma que lo doméstico como ámbito de consumo y fuente de mano de obra es una *empresa fructífera* con sus propios objetivos y su propio capital que debe ser gestionado. Las ganancias en metálico obtenidas por una economía familiar son, en correspondencia, el rendimiento de este capital humano/doméstico. De esta forma, la economía doméstica y la sociedad han pasado de ser un simple ámbito externo de explotación utilizado por el capital según sus necesidades, a representar ahora un *sector productivo* que gestiona sus propios insumos y en el que vale la pena invertir una importante suma de capital a la espera de suculentos beneficios.

Puede hacerse un análisis similar de la coopción de las sociedades no occidentales en la economía mundial. Los colonizadores occidentales, ideólogos y filósofos políticos veían a los seres humanos indígenas (no occidentalizados) como naturaleza humana no desarrollada y a los territorios de sociedades «primitivas», nómadas y agrarias como naturaleza vacía y no desarrollada, tratando alternativamente estos territorios como tierras salvajes y peligrosas, como

fuerza laboral (su capacidad de trabajo) aparece como un recurso natural y sus productos como asimilados a un depósito natural». En «The Seed and the Earth: Technology and the Colonisation of Regeneration», manuscrito, 1992.

¹³ Y eso a pesar del hecho que para mucha gente este nuevo «consumismo» suponía mucho más trabajo: el consumo de combustibles fósiles, los servicios de transporte de cercanías para ir y volver del trabajo o la escuela, tareas de la casa para mantener y cuidar el cada vez mayor número de aparatos domésticos. Por ejemplo, las tareas adscritas al trabajo doméstico en el proceso de eliminación y reciclado de residuos de embalajes y paquetes en la Alemania de hoy, han sido bien analizadas por Irmgard Schultz en «Women and Waste», *CNS* 4(2), N.º 14, junio de 1993, pp. 51-63.

¹⁴ Véase principalmente *The Mirror of Production*, *op. cit.*

tierras baldías o como territorios vírgenes no explotados. Como tales, las tierras, las aguas y las sociedades fueron saqueadas en busca de materias primas (esclavos, pescado, excedentes agrícolas, minerales, mujeres) y convertidas en el reino del deporte y la aventura (desde grandes safaris hasta favores sexuales).¹⁵ Después, mediante procesos de desarrollo y modernización se ha producido una transformación integral de estas sociedades: la destrucción de las anteriores relaciones sociales, de los espacios vitales, de los mitos y de sus ecosistemas, y su reconstrucción o sustitución por mecanismos útiles para el capital. En lo que antes eran lugares de regeneración autónoma y creativa, estas gentes y territorios se han convertido en espacios pasivos donde los empresarios occidentales vienen a inyectar su capital, ofrecer sus técnicos (casi siempre hombres) y a dirigir la producción de los artículos de valor. Se requiere al *mercado* para que cumpla con su deber. Formalmente, se reconoce que estos individuos y sociedades son los legítimos propietarios de sus propios capitales (o de lo que queda de ellos). Se trata de reservas valiosas: genéticas, materiales (maternales), laborales y culturales. Así pues, se atribuye un valor capitalista a estos ámbitos «naturales»: se sustituye la esclavitud por el trabajo remunerado; el saqueo por las concesiones mineras.¹⁶

El asunto teórico es el siguiente: a través de este proceso de *capitalización* de todos los ámbitos de materias primas y servicios, a través de la *internalización* por medio de la extensión del sistema de precios considerado como «susceptible de dar cuenta de todo y de dirigir todos los procesos»,¹⁷ el capital sufre un cambio cualitativo de for-

ma. Ya no simplemente explota mejor y con más intensidad una naturaleza (y una naturaleza humana) externa. En lo que podríamos llamar la *fase ecológica del capital*, lo relevante ya no es la actuación del ser humano sobre la naturaleza para «producir» valor, del que a continuación se apropia la clase capitalista. Ahora lo relevante es la naturaleza (y la naturaleza humana) codificada como *encarnación del capital*, regenerándose a sí misma en el tiempo mediante sistemas de inversión controlados en distintas partes del mundo, integrándose todo en un «cálculo racional de producción e intercambio»¹⁸ a través del milagro de un sistema de precios que se extiende en el tiempo y el espacio.

Así es la naturaleza concebida a imagen del capital; y esta nueva presentación de la naturaleza es el fundamento de la «gestión racional» de la naturaleza capitalizada que, cada vez más, se *instituye violentamente* en la realidad política.

4. SUSTENTABILIDAD Y CONSERVACION DEL CAPITAL

Esta caracterización y análisis de un *sistema global de naturaleza capitalizada* supone un alto nivel de abstracción, cuyo propósito es contribuir a afinar el análisis de los hechos observados. La línea divisoria que estamos trazando entre las dos «formas» de capitalismo es por encima de todo una división lógica. En realidad, las iniciativas capitalistas continúan funcionando de modo depredador sobre aquellos ámbitos de la naturaleza y la humanidad no capitalizados. Estos ámbitos externos, aunque so-

¹⁵ Dado que se puede demostrar que los indígenas pueden ser peligrosos, en las prácticas coloniales no hay una separación muy clara entre cazar animales salvajes, conquistar mujeres y subordinar una naturaleza humana ajena y sin leyes.

¹⁶ Vandana Shiva, 1992, *op. cit.*, p. 12, ofrece una imagen gráfica de la esfera de la reproducción del capital humano, que puede servir de metáfora: «Cuando las mujeres tienen niños, se las considera menos como fuentes de regeneración humana y más como la 'materia prima' de la cual se extrae un 'producto': el bebé. En estas circunstancias se considera que el médico,

mejor que la madre, es quien ha producido el bebé.» Por supuesto, en las sociedades civilizadas, la madre recibe «a cambio» de sus variadas labores domésticas (faenas de la casa, servicios reproductores y sexuales) varias consideraciones en dinero o en especie (que pueden incluir beneficios de asistencia social con propósitos domésticos para madres solteras, pagas sustitorias por maternidad); pero la obtención de estos ingresos no es necesariamente suficiente para mantener en buen estado el *propio* cuerpo y alma de la madre.

¹⁷ Braudillard, *Cyberblitz*, p. 192.

¹⁸ *Cyberblitz*, p. 188.

metidos a depredación, siguen en buena medida fuera del control del propio capital. Depredación y desplazamiento de costes van de la mano con la retórica de la conservación del medio ambiente y del patrimonio heredado. Así, por un lado tenemos acumulación primitiva explotadora y, por otro, la retórica de la «gestión sostenible» del *sistema de naturaleza capitalizada*. ¿Qué descripción es la más adecuada? A menudo las dos, pero la cuestión está en entender la lógica de la *representación* y las formas instituidas que adopta la lucha por el poder. Dentro del sistema maduro de la naturaleza capitalizada, las luchas por la supervivencia adoptan la apariencia de una recíproca (pero desigual) *autofagia de capitales*, donde el propietario de un capital dominante está haciendo un uso ilícito (o en algún grado discutido) del capital de otro, si no lo ha gastado todo ya.

La cuestión que debemos plantearnos al observar la expansión capitalista es: ¿Qué se está ampliando, creciendo y qué (en caso de que lo haya) se está sosteniendo? A través del proceso de capitalización, la cantidad total de capital se aumenta por medio de la adición de los valores imputados a los bosques vírgenes, las reservas de peces, bancos de genes, depósitos minerales, tierra considerada como lugar de recreo y otros. Pero esto no tiene una correlación estricta con una expansión de la actividad real. La expansión capitalista es más bien una suerte de brote semiótico, como en un tumor, que ocupa progresivamente sus alrededores.

La colonización por parte de las potencias europeas de los Nuevos Mundos y el vínculo del Sur con los países industrializados mediante el desarrollo de mercados de productos básicos y el comercio, han acreado la expropiación forzosa de energías humanas y materiales que de otra forma se podrían haber destinado a la reproducción de las economías no industriales; se han convertido, por el contrario, en cargas materiales y simbólicas, hasta el punto de envenenar a las poblaciones y asfixiar las culturas locales. En relación a esta expropiación y ahogo, se podría suponer que el reconocimiento del «valor» y de la «propiedad» a través del proceso de capitalización es un paso hacia la justicia, permitiendo la

consiguiente protección y respeto hacia los ciudadanos y sociedades no sólo como materias primas (medios para conseguir un fin) sino también como empresas autónomas con sus propios derechos. El proclamado objetivo de *Rio '92* era *Salvar el planeta*: salvar el patrimonio natural y cultural, la diversidad genética, los estilos de vida vernáculos, etc. Después de todo, si el capital es naturaleza y la naturaleza es capital, los términos se hacen casi intercambiables: *reproducción del capital es sinónimo de salvar la naturaleza*. El planeta en su conjunto es nuestro capital, *que debe ser gestionado de forma sostenible*.

Sin embargo, tristemente, esta retórica armonización no garantiza de ningún modo la conservación de potencialidades productivas o reproductivas específicas de una sociedad o un ecosistema; tampoco asegura el sostenimiento de intereses particulares, de comunidades o de sistemas ecológicos así valorizados. En la práctica, el principal efecto de toda la identificación de patrimonios, reservas y capitales «en peligro» es el cada vez mejor alineamiento —en términos ideológicos, pero no necesariamente de hecho— de esta naturaleza (y naturaleza humana) en las normas del propio crecimiento y reproducción del capital.

Recordemos pues la noción central del marxismo tradicional: la «finalidad» del capital es esencialmente su propia supervivencia y reproducción ampliada como sistema de control social. Es siempre el *sistema* capitalista lo que se reproducirá y sostendrá, no un capital individual. Podemos retomar este concepto aplicándolo al capital ecologizado, pero con un significado radicalmente alterado. En el sistema maduro de naturaleza capitalizada, cada materia prima, cada insumo de producción prodente de una fuente terrestre, es reconocida formalmente como un elemento del capital o un servicio derivado de un capital. Como tal, tiene un propietario, y su uso conlleva una asignación de capital o de los servicios que pueden derivarse de un capital determinado, por el que el propietario deberá recibir un dinero. Cada producto *útil* es aquel que tiene la capacidad de satisfacer una necesidad del sistema, lo que significa, de una manera u otra, estar al servicio de la repro-

ducción de otro capital. Que este «uso» se represente como consumo o como producción es indiferente: es en ambos casos una *inversión en el servicio de la reproducción del sistema capitalista*.

Así pues, lo que subyace en la cuestión del capital ecologizado no es la acumulación como tal. Sin duda, las empresas y corporaciones se adherirán (necesariamente) al imperativo de la rentabilidad; aquellas que no lo hagan quedarán fuera de juego. Se pagará al propietario de un capital si, y sólo si, lo pone al servicio de otro capital, y a no ser que se le pague no podrá disponer de los insumos de materiales necesarios. Pero lo que interesa en el *sistema de naturaleza capitalizada* como conjunto no es un capital o un capitalista determinados, sino la permanencia a través del tiempo — la *conservación*— del sistema mismo como forma social abstracta.¹⁹

Para deshacer esta perversión de la retórica de la conservación, resulta útil considerar por separado varias características de funcionamiento del capitalismo y los requisitos de la conservación. En primer lugar, la sección 5 presenta de forma estilizada los requerimientos para la conservación simultánea de todos los capitales valorizados en un conjunto interdependiente. La sección 6 presenta las razones por las que —incluso si tal objetivo conservacionista se considerara deseable— su rigurosa consecución es probablemente imposible, y ciertamente improbable bajo las normas capitalistas. La sección 7 continúa mostrando, con algunos ejemplos, la forma en que la extensión selectiva de los derechos de propiedad conduce al desposeimiento de los medios

naturales en lugar de al respeto o la protección de los anteriores propietarios y beneficiarios de los medios o recursos en cuestión. Finalmente, la sección 8 discute las formas en que el capitalismo practica la coopción de los esfuerzos de las comunidades locales y grupos de protesta a base de fomentar la mentalidad de «valorar» —en términos monetarios y de una manera descontextualizada— las diversas cargas abrumadoras sociales y ambientales de la empresa capitalista.

5. SUSTENTABILIDAD Y SOLIDARIDAD

Consideremos, de forma abstracta, los requisitos para la sustentabilidad, en el sentido de mantenimiento simultáneo de los niveles de stocks de una serie de «capitales» interdependientes que forman el sistema de naturaleza capitalizada. Supongamos que tenemos un sistema de «sectores» interdependientes, tales como la industria, los hogares, los bosques, etc, cada uno de ellos con un «capital» característico y que cada sector proporciona servicios o excedentes producidos a otros sectores, recibiendo a su vez aportaciones de otros. Podemos suponer que cada capital tiene un propietario humano (una sociedad o grupo social) y que este propietario humano se sustenta junto con el capital o capitales que ellos «poseen».

Supongamos ahora que todos los stocks de capital deban ser *conservados* permanentemente. Diremos que el conjunto de capitales es *sostenible* en sentido material,

¹⁹ Braudillard, en *L'Exchange Symbolique et la Mort*, argumenta que este *papel conservador* siempre ha estado en el corazón del proyecto capitalista. Comenta (*op. cit.*, p. 49): «Lo que se reproduce en el actual sistema es el capital en su más rigurosa definición: como *forma de relaciones sociales*, y no en su vulgar acepción de dinero, beneficio y sistema económico. Reproducción siempre se ha entendido como la reproducción 'aumentada' del modo de producción, y como tal viene determinada por este último. Pero mejor se debería concebir el modo de producción como una modalidad (y no la única) del *modo de reproducción*. Fuerzas productivas y relaciones de producción —en otras palabras la esfera de productividad material— son, quizá, sólo una de las posibles conjunciones, por

consiguiente históricamente relativas, del proceso de la reproducción. La categoría de reproducción es una forma que va más allá de la sola explotación económica. El juego de las fuerzas productivas no es, por lo tanto, la condición necesaria de ello.» Esto conduce a la siguiente cuestión: ¿qué es lo que dirige el capitalismo exactamente, en términos simbólicos y culturales? Braudillard sugiere que detrás de las preocupaciones de una acumulación sin fin, del poder y de las reservas de valores, está el miedo y el rechazo a la muerte (que se siente como anihilación, negación del ego). El miedo al vacío, miedo al Otro; mientras la acumulación es más-de-lo-mismo (una imagen de inmortalidad, vacía para cada ser humano, pero alcanzable, por proyección, a través de la reproducción de capital...)

siempre y cuando los sectores den unos a otros y reciban unos de otros lo que cada uno necesita exactamente para su auto-mantenimiento. Esto significaría que cada sector da a los otros (como grupo) lo que los otros necesitan para así proporcionar a cambio los insumos requeridos por el primero. Para simplificar el argumento, podemos considerar un crecimiento neto cero de los stocks de capitales, es decir, todos los excedentes se agotarían en el proceso de la reproducción del conjunto.²⁰

Supongamos además que cada propietario de capital (por ejemplo, el de cada sector) debe pagar por los insumos recibidos, y que obtienen pagos por servicios proporcionados a otros, y que esto se hace de acuerdo a una serie de precios. La capacidad de pagar los insumos necesarios, depende de los ingresos recibidos por servicios ofrecidos. En un modelo de actividad con crecimiento cero, los ingresos recibidos por cada sector equilibrarán exactamente los gastos realizados por cada «periodo de producción».²¹

Ahora consideremos varias de las formas en las que se podría dar un «desequilibrio» en la situación oferta-demanda en un sector determinado. En primer lugar, en relación a los insumos para el mantenimiento del sector, puede surgir una «crisis de oferta» si (O.1) los insumos necesarios no están físicamente disponibles; o (O.2) el precio es más alto de lo que los propietarios del sector se pueden permitir, dados los ingresos que están recibiendo por sus propios servicios ofrecidos. La consecuencia de una crisis de oferta duradera de este tipo es que el

sector no obtenga insumos adecuados, lo que acarrearía la disminución o cese de la actividad. En caso de penuria física de insumos, la única esperanza es la sustitución por una fuente diferente. Si el problema es de precios altos para los insumos, esto puede arreglarse liquidando el/los capital/es, lo que significa el *agotamiento de los stocks de capital*, violando de nuevo el criterio de conservación que se ha asumido. Es más, si un sector se agota o consume, entonces no podrá proporcionar los insumos requeridos por otros sectores. De esta forma habrá una «transmisión» de crisis-de-oferta con un efecto dominó de un sector hacia otro.

En segundo lugar, en cuanto a la producción de un sector particular, puede provocarse una crisis del «lado de la demanda» si «no hay mercado» para lo que se ofrece. Esto puede ocurrir si (D.1) ningún otro sector tiene un «uso» para los productos en cuestión²²; o si (D.2) los sectores tienen un uso para los productos, pero no pueden permitirse pagarlos. En ambos casos, el sector productivo hace frente a una «crisis de realización», es decir, no puede obtener ingresos por ventas. Una crisis duradera del lado de la demanda como la descrita significa la caída de los ingresos recibidos, lo que reducirá la capacidad del sector para comprar los insumos que necesita para su propio sostenimiento, lo que a su vez implica una crisis del lado de la oferta del tipo O.2; y esto a su vez llevaría a una crisis del lado de la demanda del tipo D.2 transmitida a otros sectores.

A nivel local, la crisis puede experimen-

²⁰ Lo esencial de los argumentos a seguir no cambia en caso de que se permitiera un crecimiento positivo (acumulación de capital), pero una exposición más completa es más complicada. Sin embargo, si consideramos los capitales en términos materiales, la suposición del crecimiento cero concuerda intuitivamente con la idea de *conservación* de economías interdependientes y ecosistemas comprendiendo la masa cerrada del planeta tierra. Formalmente, también nos ofrece un punto de referencia que significa que un crecimiento «desequilibrado» se corresponde con una actividad predadora: la expansión del capital de un sector a base de, directa o indirectamente, la destrucción del otro. Todos los argumentos a seguir se pueden formalizar con la ayuda de álgebra

insumo-producción (input-output); pero aquí no es necesario.

²¹ Si se formaliza en términos algebraicos, el resultado de este «equilibrio» es un análogo de conocidos resultados propios de los análisis intersectoriales de sistemas económicos.

²² Muchos sub-productos industriales caerían en esta categoría «no deseada», siendo inútiles o estériles (incluso tóxicos o destructivos) desde el punto de vista de otras actividades reproductoras económicas y ecológicas. Planteo esta cuestión dentro de un modelo termodinámico en «Entropy, Liberty and Catastrophe: The Physics and Metaphysics of Waste Disposal» en Peter Burley y John Foster, eds., *Entropy in Economics*, Kluwer, en prensa.

tarse debido a la indisponibilidad física o la incapacidad de pagar. En términos convencionales, la oferta tiene lugar sólo cuando se efectúa (o se promete) un pago con dinero. Podríamos considerar la «demanda» de un material o servicio como una indicación del deseo-de-pagar que atrae una donación valiosa de un sector a otro. Si en alguna fase un sector se encuentra a sí mismo incapaz de hacer una donación valorizada (es decir, vender sus servicios por un «buen» precio), será —siguiendo la convención— incapaz de atraer donaciones deseadas para sí. O bien el sector se colapsará por alimentación inadecuada o bien los propietarios tendrán que liquidar parte del capital; en ambos casos esto conllevará la pérdida de la base del bienestar o la supervivencia del grupo de propietarios.

En este análisis, se pueden identificar dos requisitos básicos para la conservación simultánea de todos los capitales. Primero, todos los sectores deben, como conjunto, ser *potencialmente compatibles* entre ellos. Esto significa que existe la posibilidad de una estructura de transferencias intersectoriales («comercio» en el sentido más amplio del término) que asegure el mantenimiento de todos los capitales a través del tiempo. Segundo, tal estructura debe ser *realmente mantenida*, lo que significa que los sectores operan en solidaridad unos con otros y no acumulando excedentes a expensas de otros (a través de la predación y/o dejar que otros mueran de inanición), o manteniéndose a sí mismos mientras vierten sus residuos tóxicos y basura en los otros, etc.

6. ACUMULACION CAPITALISTA Y «RESISTENCIA DE LA NATURALEZA»

Estas ideas de solidaridad, acumulación depredadora y crisis de realización son, por supuesto, conocidas en el discurso marxista tradicional (así como en el Keynesiano).

²³ Véase mi planteamiento en Martin O'Connor: «Codependency and Indeterminacy: A critique of the theory of production», *CNS*, nro. 3, noviembre, 1989,

Aquí, sin embargo, tratamos la cuestión de la sustentabilidad simultánea de «capitales naturales» además del capital industrial, mientras que el marxismo tradicional siguió la economía política liberal en el tratamiento de los ámbitos «naturales» como *exter-nos al capital* y determinados de forma exógena. Esto cambia todo el curso de la problemática de la gestión.

A los tecnócratas de todas las creencias políticas les gusta soñar que el «metabolismo» de la naturaleza (y de la naturaleza humana) puede predecirse y controlarse por completo, como sucede con la regulación de la producción de bienes industriales y los procesos de intercambio. En el fondo, tanto los que abogan por «soluciones» planificadas y centralizadas a los problemas ambientales, como los que abogan por las de mercado, manejan la idea de *equilibrio económico* para un conjunto de procesos de producción de bienes y intercambios intersectoriales. Imaginan que, para el sistema ampliado de naturaleza capitalizada, se podrían encontrar un conjunto de «precios ocultos» que señalasen las proporciones correctas de intercambio de los recursos materiales y de servicios ambientales con los otros capitales. Unos valores de intercambio que, si son instituidos, establecerían un «equilibrio sostenible» en el funcionamiento del sistema.

No obstante, en el caso de capital no humano, se trata de ámbitos (ecosistemas, tierra, atmósfera, mares, etc) en los que la ignorancia humana es alta y que, aunque algunas veces son «gestionados» por ocupantes humanos, no han sido fabricados por los humanos ni han sido controlados de la misma forma que los procesos de fabricación.²³ Desde un punto de vista basado en razones instrumentales, esta refractariedad se interpreta negativamente. Los fallos de funcionamiento de los reactores nucleares, los vertidos químicos y los experimentos genéticos incontrolados son paradigmas contemporáneos del *accidente ecologizado*, donde el mal funcionamiento es una parte insoslayable del sistema. El problema del accidente,

pp. 33-57; y en «Entropy, Liberty and Catastrophe», *op. cit.*

sin embargo, emerge directamente como un subproducto dialéctico de la ideología ilustrada de la supremacía sobre la naturaleza ejercida por medio de la tecnología. Es una señal no sólo de la no-realización, sino más particularmente de la *no-realizabilidad* de un control funcional perfecto. Como señalaba el escritor mexicano Octavio Paz,²⁴

Esta fragilidad de las cosas no tienen su existencia en la realidad como tal: es una propiedad del sistema, algo que pertenece específicamente a la lógica del sistema. El Accidente no es una excepción ni una enfermedad de nuestros regímenes políticos, tampoco es un defecto a corregir de nuestra civilización: es la consecuencia natural de nuestra ciencia, de nuestra tradición política y moral. El Accidente forma parte de nuestra idea de Progreso.

Cuanto más avancemos en el proceso tecnológico, mayores serán los efectos negativos sobre los procesos ecológicos, atmosféricos, metabólicos y psicológicos, y más imponderables los «efectos secundarios» de este progreso sobre la producción.

Más aun, no se puede dar por supuesto que los sectores «naturales» e «industriales» tendrán un potencial simbiótico. Mientras que las economías humanas dependen de los sectores de «capital natural» para los insumos y para los servicios de recepción de residuos, los principales ciclos de la biosfera no tienen la misma dependencia de la agricultura humana o de los procesos industriales. Los procesos industriales, incluso, pueden ser antagónicos en relación a muchos procesos ecológicos, tanto por el grado de necesidades de materias primas como por los efectos destructivos de los «residuos» producidos, incluyendo muchos materiales que son contrarios a las formas de vida humanas y no humanas. Esto pone en duda la viabilidad, *incluso en principio*, de la conservación simultánea a largo plazo de todo el espectro de capitales ecológicos existentes junto a los actuales tipos de capital industrial.

Es necesario que se entienda bien, por lo tanto, que este proyecto de total capitalización y «gestión sostenible» del sistema global, funciona principalmente a un nivel ideológico o *social*, y en consecuencia lo que se establece es una gestión esencialmente *imaginaria*. La imagen de «participación controlada de la naturaleza» en el desarrollo sostenible es un fraude vicioso. De la misma forma, no se puede de ninguna manera presuponer que las aspiraciones de reproducción o «desarrollo» de los hogares, comunidades y sociedades enteras, formalmente externas al capital, pero ahora asimiladas a él como sectores de «capital humano», son compatibles con los actuales modos de crecimiento industrial y acumulación. Bajo esta máscara de uso racional de los recursos, el sistema que quiere convertir la naturaleza en capital está fermentando constantemente y conduce a agrios conflictos. El capitalismo mundial se caracteriza no sólo por las incesantes trifulcas entre grandes empresas, sino también por las luchas entre los intereses capitalistas y los grupos sociales que se resisten al desposeimiento de sus propias tierras, selvas y recursos; así como por conflictos dentro y entre estos grupos sociales no capitalistas por la posesión de los recursos y por las prioridades en la conservación, uso y transformación de los ecosistemas. El rechazo de la gente a someterse a los designios del capital (a pesar de las pacificaciones ejercidas a través de la disciplina industrial en el trabajo y el consumismo, el efecto estupefaciente de la TV, etc.), es tanto una prueba como una causa de la falta de un control completo del capital sobre la naturaleza humana.

7. LA DINAMICA DEL DESPOSEIMIENTO

El mito de la sociedad liberal, del mercado como institución justa, consiste en que la búsqueda interesada de beneficios —la acumulación de capital— puede, a través del milagro del intercambio comercial, ser un juego en el que siempre se gana. La pro-

²⁴ En *Conjonctions et Disjonctions*, según Braud-

illard en *L'Exchange Symbolique*, op. cit., p. 246.

posición consiste en que las personas se relacionan unas con otras exclusivamente como *medio para sus propios fines* (proporcionando insumos a la producción/consumo) mientras que a su vez se respetan como fin-en-sí mismos (consumidores/propietarios de capital). Esta mitología ignora deliberadamente en toda su dimensión las interdependencias humanas y ecológicas (eufemísticamente descritas como el problema de las externalidades), así como las diferencias reales de acceso a los recursos en un mundo materialmente finito.

¿Qué significaría que todos los individuos y sociedades pudieran disfrutar de una libertad radical como productores y consumidores, esto es, libertad de elección como propietarios de capital con capacidad de decisión? En breve, esto requeriría, al menos, (i) que existiera un fondo común de recursos que estuvieran a libre disposición de todos los individuos y sociedades, es decir, que cada cual pudiera utilizarlos «con libertad»; y (ii) que el medio ambiente fuera capaz de absorber las repercusiones de los diversos usos que estos propietarios hicieran de los recursos —en la producción de bienes, uso de energía, vertido de residuos, etc.—, de tal forma que cada persona disfrute de ello sin interferir con otras personas y propiedades.

¿Qué ocurriría entonces si postuláramos que todos los territorios biofísicos están ya ocupados, expresando así la finitud y *escasez* de los capitales naturales —recursos y servicios ambientales— relacionados con las demandas? Esto es lo que se ha convertido en el tema más actual, a medida que la propiedad reclama extenderse a lo largo de desiertos y tierras antárticas (en busca de petróleo y minerales), la atmósfera, los mares y fondos marinos; y hacerlo además a través del tiempo. ¿Cómo deben repartirse estos valiosos materiales entre los pueblos y a través del tiempo sí, siguiendo la retórica ambientalista, todos los individuos y culturas enteras tienen el «derecho» de determinar su propia senda de «desarrollo»? No podemos suponer con seriedad que en un

mundo finito todos los derechos putativos, demandas de recursos y requisitos para la gestión de residuos pueden realizarse simultáneamente. No. Si definimos los criterios de desarrollo sostenible de esta forma, nuestra única conclusión sería que los intereses de *alguien o algo* deben ser reprimidos, falseados o subyugados. El supuesto ejercicio de libertad implica necesariamente en este punto *el ejercicio de violencia*, es decir, su propia antítesis.

Por supuesto, violencia en el sentido de dominación es el *leit motif* del proyecto capitalista. Para aquéllos que persiguen la acumulación capitalista, la crisis de la oferta cobra significado sólo cuando la extracción de recursos, los efectos secundarios de la producción sobre el medio ambiente o la resistencia por parte de los grupos sociales afectados, alcanzan las proporciones suficientes para perjudicar la disponibilidad de materia prima y servicios ambientales que ellos mismos buscan en tanto que propietarios del capital. Si pudieran encontrar sustitutos para los materiales gastados, para la mano de obra, los servicios ambientales y los emplazamientos de residuos, o si se pudiera realizar de forma provechosa un giro hacia formas de producción de bienes diferentes que no requiriesen los mismos insumos, las crisis de oferta podrían resolverse sin tardanza. Sólo cuando la oposición política es abrumadora o la sustitución no es posible surge el imperativo de que el medio ambiente (fuente de recursos y destino de residuos) debe ser *conservado y gestionado de forma sostenible*.

Está claro que tales intereses egoístas por los beneficios no equivalen a un auténtico interés por estas fuentes como formas de vida o fines sociales en sí mismos. Las respuestas dominantes del capitalismo a la crisis ambiental y a las demandas de respeto a la diversidad cultural continúan estando basadas en un tratamiento instrumental, si no claramente cínico, de la naturaleza y de la naturaleza humana. Continúa habiendo una apropiación directa de los ámbitos naturales supuestamente «libres», que en general supone la exclusión de otros grupos humanos²⁵.

²⁵ El despojeamiento y aniquilación de las tribus amazónicas supervivientes junto a las mismas selvas es

parte de nuestro folklore moderno. Incluso es simplemente una continuación de siglos de saqueo: véase por

Incluso cuando se admite que la actividad acumulatoria supone un cierto uso o explotación de la propiedad humana, se utilizan métodos para obtener lo que se desea al precio más bajo para el capital, sin tener en cuenta si el precio pagado o la manera de utilizarlo son compatibles con las necesidades de reproducción a largo plazo del capital en cuestión. La responsabilidad moral se filtra a través del velo del «sistema de precios», con la premisa de que las obligaciones de uno hacia la otra parte se satisfacen con el precio «acordado» por un servicio/mercancía.

Por ejemplo, en Nueva Zelanda, el pueblo maorí libra actualmente una serie de batallas políticas y legales por el control práctico y el reconocimiento de su «propiedad» sobre grandes extensiones de tierras, costas y aguas costeras, que tradicionalmente vienen utilizando como fuentes de alimentación. La pesca costera y en alta mar ha sido, en gran parte, de acceso abierto a todos hasta los años 70, y se ha generalizado la actividad a pequeña escala para la recogida local de alimentos y propósitos recreativos. En los 70, sin embargo, una rápida subida de los niveles de pesca comercial —sobre todo para la exportación— amenazaba con agotar muchas especies de peces. Los años 80 vieron la capitalización del recurso, mediante la introducción de un régimen de cuotas de mercado que limitaba el total anual de capturas de las especies en peligro. ¡Este sistema fue diseñado para asegurar la sustentabilidad del sector de la pesca *comercial*! El sistema, según se aplicó inicialmente, reducía los derechos de captura de muchos individuos y comunidades enteras, muchos de ellos maories, que durante décadas habían practicado una pesca «no comercial»: un flagrante despoesamiento y una amenaza real para el sustento de las comunidades.

El despoesamiento legalmente instituido de los intereses locales en favor del gran capital empresarial, era ejercido a través de la Corona²⁶ que pretendía que, originalmente, «nadie poseía los recursos»; de esta forma era el gobierno el que se encargaba de ellos. En los 80 el procedimiento de gestión era, primero, controlar el acceso a las especies de pesca más amenazadas, en forma de una «cuota» de capturas; más tarde se ofrecía estos derechos a las principales compañías comerciales *pro rata* de acuerdo con su relación documentada de capturas. Los pescadores artesanales e «informales» y los habitantes de la zona que consideraban que podían disfrutar de su ecosistema como patrimonio colectivo y fuente de sustento, fueron obligados a aceptar que ya no les «pertenece» en absoluto. En efecto, la propiedad (todos los derechos comerciales de capturas) se ofrecieron a las grandes compañías comerciales que, desde el punto de vista de los maories o locales, eran los auténticos «cazadores furtivos» que estaban agotando las reservas pesqueras.

Muy recientemente, a medida que se han ido añadiendo más especies amenazadas al sistema de cuota, la Corona ha hecho la propuesta de ofrecer los derechos de pesca a los potenciales usuarios. Para aquellos que pescan legalmente en la actualidad (con acceso libre a las especies sin cuota) la cuestión que ahora se les plantea es: «¿Qué estáis dispuestos a pagar para conservar vuestros derechos de pesca?» Este sistema, con razón, ha provocado una amplia oposición. Para las pequeñas empresas de las comunidades locales esto sería en cierto modo como si en una familia, el hijo mayor hubiera cogido la cubertería y anunciado a sus padres: «Puedo conseguir 5.000 dólares por ella en el mercado, ¿estáis dispuestos a ofrecerme más por ella?» La «disponibilidad de pago» de un grupo se ve constreñida

ejemplo, Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, Ciudad de Méjico, Siglo XXI Editores, 1971. En la práctica, el reconocimiento de «iguales derechos» al desarrollo y la autodeterminación de los pueblos no occidentales parece, como Serge Latouche señala, un reconocimiento *post mortem*. Serge Latouche, *L'Occidentalisation du Monde: essai sur la*

signification, la portée et les limites de l'uniformisation planétaire, París, La Découverte, 1989, p. 138.

²⁶ Es decir, el estado o el gobierno, ya que la estructura de gobierno de la Nueva Zelanda «post-colonial» es una monarquía constitucional en el seno de la Commonwealth británica.

por los ingresos disponibles. Las grandes compañías que se apropian de los recursos para la exportación y para obtener beneficios pueden pagar más dinero al contado por una cantidad dada de cuota que una empresa que sólo disponga de un barco o que una familia de la localidad o que incluso toda una tribu maorí, cuya «valoración» de la pesca no se traduce necesariamente en ventas comercializables.

Por supuesto, la estructura de los derechos de pesca podría haber sido justo al contrario, es decir, poniendo en manos de los pescadores locales e indígenas que lo desearan la propiedad de los «capitales» en cuestión. La pregunta que se debería formular a los intereses locales, léase tribus maoríes, sería entonces la siguiente: «¿Qué debe pagarte un usuario comercial como compensación mínima (precio más bajo aceptable) para que tú ofrezcas al mercado tus derechos de pesca?». El ofrecimiento de la propiedad de la naturaleza-como-capital a un grupo con un interés de conservación (en lugar de un interés por un beneficio a corto plazo) parecería más beneficioso para la conservación que el desposeimiento bajo la regla de la disponibilidad-de-pago. Pero sin embargo no garantiza que los recursos para la renovación del capital, o para el sustento del grupo social, se mantengan a través del tiempo. Por el contrario, dado el auténtico dominio político del capital, tal concesión de propiedad puede en la práctica significar la coopción de los intereses locales o tribales por los intereses del capital, presentándolos retóricamente como guardianes de varios capitales —ellos mismos como capital humano, además de los bienes ambientales, comunitarios y culturales. Bajo este punto de vista, el mercado seduce a

la tribu local para que «se beneficie» de sus bienes: que venda no sólo el pescado capturado, sino todos los derechos de pesca capitalizados. Si el grupo propietario es autosuficiente sin mucha preocupación por las riquezas y bienes obtenibles a través del mercado, y/o si tiene un persistente interés por el mantenimiento del capital (por ejemplo, que haya peces para sus nietos), entonces un resultado plausible sería el mantenimiento a largo plazo del grupo y su capital. Pero si el grupo necesita o quiere comprar productos en el mercado, puede sentirse presionado a explotar el potencial generador de dinero de esa naturaleza capitalizada, bien mediante la venta de peces, bien mediante el alquiler/venta del capital (derechos de pesca) en sí mismo. Si, bajo presiones comerciales se han vendido los derechos directamente a una empresa comercial, crece el riesgo de niveles insostenibles de pesca para conseguir una ganancia de dinero a corto plazo, minando de esta forma los intereses conservacionistas a largo plazo. Es más, incluso la propiedad legal reconocida no ofrece necesariamente una protección efectiva contra el desplazamiento de costes o la depredación, pues incluso los propietarios autosuficientes y preocupados por la conservación podrían no ser capaces de defenderse contra los daños provocados por fuentes externas: los pescadores furtivos comerciales y recreativos, la contaminación por residuos industriales, el vertido accidental al mar de petróleo o plutonio o de otros desastres ecológicos.²⁷

En este ejemplo, vemos la tendenciosidad inherente al establecimiento de «derechos de propiedad» sobre la naturaleza como capital. La lógica del mercado esta-

²⁷ Esto es una manifestación del problema general del impacto de los vertidos indiscriminados y del comportamiento predatorio de un mundo competitivo. Ahora que los derechos de «cuota» pesquera de Nueva Zelanda se han capitalizado, se libra una batalla por unos «activos» valorados en cientos de millones de dólares. En la búsqueda de dólares, a menudo se ignoran los efectos secundarios sobre otros animales marinos o ecosistemas. Uno se podría preguntar cuáles son los «valores intrínsecos» de los ecosistemas marinos, y si los peces deben ser considerados como formas de vida con sus propios derechos. (Entonces: ¿quién defiende

a los peces y mamíferos marinos, y con qué dinero?). Véase sobre estos temas, Martin O'Connor «Valuing Fish in Aoteroa: The Treaty, the Market and the Intrinsic Value of the Trout»; y Leith Duncan, «The ITQ System: A Critical Appraisal», ambos en *Justice and the Environment*, actas del Simposio de 17 de junio de 1993, Departamento de Economía, Universidad de Auckland, 1993; y Richard M. Dawson, «The Fisheries Claims Act and John R. Common's Reasonable Value», *Policy Discussion Paper*, N.º 14, Departamento de Economía, Universidad de Auckland, febrero de 1993.

blece claramente que todos los capitales alcanzan su «valor total» sólo mediante su introducción en la esfera del intercambio de valores. Bajo la doctrina de la maximización de la utilidad, su mejor uso vendría señalado por el precio pagado por el mejor postor del mercado. Pero como Braudillard lo define en una formulación adecuada: «bajo el pretexto de producir la máxima utilidad, el proceso de la economía política generaliza el sistema de valor de cambio». ²⁸ Es el *sistema mercantil* (de acumulación de capital y crecimiento del consumo) lo que se quiere que sea sostenible.

8. ¿UN PRECIO PARA TODO?

En la jerga económica habitual, un coste impuesto sin haber realizado un pago en compensación, es una externalidad negativa. Pero los procesos de «tomar en consideración» los costes sociales y ambientales causados por la producción de bienes en las comunidades locales de todo el mundo, llevan a mecanismos de desposeimiento similares.

No son raros o excepcionales los efectos externos negativos. Son los signos tangibles de interdependencia en un mundo finito. Son los complementos dialécticos de los intercambios «en el mercado», los cuales son astutamente idealizados como útiles, controlados, contractuales. Son parte integral de la vida moderna, de la misma forma que los accidentes y los desastres naturales son la otra cara de aquella moneda del control instrumental de la Ilustración. En realidad, los proyectos irreconciliables de reproducción y acumulación se adaptan desgraciadamente el uno al otro, lo que significa que algunos permanecen y otros no. La lucha por la supervivencia —política, militar, la resistencia de la guerrilla, las controversias legales-económicas— toma la forma de una batalla por el control de capitales escasos y de los beneficios que de ellos se derivan, para con ello asegurar la viabilidad de los proyectos favorecidos por cada grupo de

reproducción y acumulación. El resultado es la *recíproca (aunque desigual) depredación y el desplazamiento de costes* entre los diversos propietarios y demandantes de capitales.

El capital empresarial intentará subordinar y cooptar a los trabajadores disponibles, la infraestructura social y el medio ambiente para su propio beneficio. Sin embargo, también los movimientos sociales aprenden cómo enunciar y defender sus propios proyectos de conservación (reproducción del capital natural, cultural) contra la depredación y el desplazamiento de costes. En un caso dado, el beneficio de la empresa o los objetivos de conservación de los movimientos sociales pueden ser o no logrados. Pero al *sistema* capitalista no le importa quién gana y quién pierde, siempre y cuando el juego continúe. Finalmente, como dice Braudillard, a través del sistema de precios y los procesos de capitalización y liquidación, «el sistema se convierte en el único portador de una funcionalidad activa, que se redistribuye a sus elementos». ²⁹

En esta era de escasez generalizada, *todo tiene su precio*, y el propio medio ambiente degradado es el nuevo bien que debe ser dividido, manipulado, vendido y comprado. Si una parte agradable de este entorno, como por ejemplo un humedal o un parque, estuviera amenazado por, digamos, la construcción de un centro comercial o una autopista, entonces *prima facie* podría considerarse el pago de compensaciones. Pero, ¿cómo podría evaluarse el valor de las pérdidas? ¿quién paga y a quién?

Si, después de contenciosos legales-políticos, el entorno es considerado como propiedad «de la comunidad», entonces será a esta última a la que se deberá compensar por sus pérdidas. Los intereses del «desarrollo» sufrirán en consecuencia la subida de sus costes o un bloqueo de sus líneas de suministro. Una situación similar se da cuando un gobierno soberano retira los privilegios de una concesión a los intereses transnacionales de la minería, la pesca, la extracción petrolífera, la industria maderera, o impone severas condiciones en relación a

²⁸ Cyberblitz, p. 191.

²⁹ Cyberblitz, p. 197.

la contaminación o el vertido de residuos, de modo que la empresa deja de ser rentable. Por otra parte se podría argumentar que nadie «posee» el medio ambiente. En este caso se pregunta a cada parte interesada qué precio está dispuesta a pagar. Podemos entonces comparar el valor que los intereses de la comunidad adjudican al entorno con lo que una empresa productiva estaría dispuesta a pagar por el uso del lugar, los materiales y servicios. ¿Pero qué pueden hacer las futuras generaciones para pujar en la subasta?

Cualquiera que sea la forma de este proceso de valoración, se asegura —supuestamente— que cada unidad de capital alcanzará su uso de más alto valor. Una vez que este principio del «mejor uso» ha sido establecido, se puede admitir que, por supuesto, habrá algunos deseos no cumplidos y algunos perdedores. Hay que decir, sin embargo, que los proyectos que se quedaron fuera representaban usos algo menos valorados de los recursos y que por tanto eran subóptimos (de Pareto) dentro del conjunto.

Miremos ahora bajo esta luz la cuestión planteada por James O'Connor: «los costes crecientes de reproducir las condiciones de producción».³⁰ Costes tan diversos como la asistencia sanitaria para curar los daños y el estrés sufrido por los trabajadores de hoy, el control del crimen o la recuperación ambiental que sigue a la explotación minera, a la construcción o a los accidentes industriales son, según señala O'Connor, «gastos improductivos desde el punto de vista del capital auto-expansivo». En la actualidad, en Estados Unidos, «los ingresos totales aplicados a la protección y restauración de las condiciones de producción podría cifrarse en torno a la mitad o más del producto social total».

Sería un error suponer que todos estos gastos, incluso a pesar de su magnitud, incluyen los «costes totales» de la destrucción

capitalista. En primer lugar, no se incluyen todos los daños. La plena recuperación es en muchos casos imposible y la compensación en términos monetarios no es siempre posible. Los daños son no pocas veces *irreversibles* y si hay pérdida de vidas o si no se puede encontrar un sustituto adecuado para un elemento esencial de la vida de un grupo social (material o simbólico), el valor de las pérdidas podría juzgarse infinito. Así, en la práctica, la «compensación» y la «reparación» serán necesariamente parciales e incompletas. Hay auténticos perdedores. Pero, ¿quiénes son los ganadores? Como dijimos, James O'Connor califica los costes de la reparación social y ambiental como improductivos desde el punto de vista del capital auto-expansivo. Pero habría que subrayar que el *modus operandi* del capital moderno en su fase ecológica no es el beneficio como tal sino una dominación semiótica. Lo que importa es *instituir socialmente* la idea de que todo son bienes de consumo, de tal forma que se considere como capitales a toda la naturaleza (y la naturaleza humana), *ipso facto* al servicio del capitalismo como forma social legítima. Mirado en su conjunto, «poner precio» a un bien (o a un mal), el logro de la capitalización de un elemento de la naturaleza o el poner precio a un «coste social», apuntan a una conquista semiótica, es decir, la inserción de los elementos y efectos en cuestión dentro de la *representación dominante* del conjunto de actividad del sistema capitalista. Gastos no productivos como los efectuados en salud, medios de transporte urbanos, reparación de edificios históricos, limpiezas ambientales, gestión de residuos, etc, pueden generar, desde el punto de vista de los beneficios individuales de una empresa (e incluso para los beneficios totales y la acumulación de una economía dada), buenos dividendos para el capital moderno. Claro está que una empresa que deba pagar por la contaminación que produce o por los recursos naturales que emplea, puede caer en bancarrota. Pero lo esencial es que, al

³⁰ James O'Connor, 1988, *op. cit.*, p. 26. Véase también Frank Beckenbach, «Social Costs of Modern Capitalism», *CNS*, N.º 3, noviembre de 1989, pp.

72-92. Estos costes de reproducción/mantenimiento constituyen lo que en otro lugar Ivan Illich ha llamado las contra-producciones de la producción moderna.

poner precio a los recursos o a la contaminación, adquieren para el proyecto de reproducción de capital un indudable «valor de uso» como *forma de relaciones sociales*.

Recordemos que, al capitalismo industrial, no le importa en absoluto si unas pocas (o unos pocos cientos de) empresas quiebran, siempre que la devaluación de sus activos pueda representarse como una señal de progreso —por ejemplo, un indicio de avance técnico o de mayor productividad, o una consecuencia del cambio de los gustos de los consumidores. Así pues, si ciertas empresas se arruinan porque deben internalizar algunos costes sociales o porque unas condiciones menos favorables de la oferta han hecho que los costes de sus insumos suban vertiginosamente, esto no afecta al capitalismo como sistema, mientras los *restantes* participantes en el juego consigan un capital para gestionar y reproducir, unos bienes o servicios para comercializar, poner precio y vender.³¹

De forma similar, para el capitalismo ecologizado, ¿qué importancia tiene si un «valor» ambiental previamente ignorado sale a la superficie, obligado a existir ahora por la amenaza inminente de su negación? En cualquier caso es rentable (para algunos), mientras pueda ser *re-presentado* como un capital susceptible de ser conservado y usado obteniendo algún beneficio. ¿Qué importancia tiene que, en esta loca carrera, algunos genes, indígenas, bosques tropicales, medio ambientes urbanos y sus habitantes se precipiten al abismo junto a las empresas que quiebran? Estas pérdidas ten-

drán pocas consecuencias mientras los resultados y decisiones pueden *representarse* como el *uso racional* del capital disponible, es decir, siempre y cuando en algún momento, más pronto o más tarde, en la hoja de cálculo de alguien, sea cual sea el propósito de su empresa, se asignen a su valor de uso marginal más alto.

La *tarea política* desarrollada por el capital consiste en evitar su latente descrédito como modalidad de organización social, de racionalidad. ¿La legitimación política del capital depende de si se puede convencer a la gente de que el proceso de capitalización de la naturaleza es una defensa contra la depredación causada por el capital! El *discurso de «tenerlo todo en cuenta»* no garantiza una protección o una reparación real. Por encima de todo, no hay una unidad de medida consistente con la que poder realizar tal evaluación. Pero lo que cuenta es la exitosa generalización del código de valor de cambio, como *operación semiótica*. Esta es una cuestión que trasciende la contabilidad de beneficios-y-pérdidas. Es, como Braudillard apunta en *L'Exchange Symbolique et la Mort*,³² «cosa de vida o muerte» para la supervivencia del capitalismo como sistema social:

Desechar los beneficios, para que se conserve la reproducción de la forma de las relaciones sociales.

El capitalismo en crisis consigue, a través de la generalización del sistema de precios, hacer de la *gestión* de las liquidaciones y reconstituciones (parciales) un terreno estratégico para buscar su propio proyecto de

³¹ Se puede hacer un análisis similar en relación a la enorme Deuda que soportan los países del Tercer Mundo. Lo que es necesario para el poder hegemónico del capital es que la Deuda sea «*gestionada de forma sostenible*». No importa si ésta se paga algún día o no (de hecho es casi imposible y el capital es más poderoso cada día). No importa si, en los diversos giros, reestructuraciones y readaptaciones, muchos bancos quiebran; ni si se perdona parte de la carga a cambio de convenios para la conservación de los bosques tropicales (como en Brasil), etc. El juego de pasarse la bola de los gestores de la deuda se convierte en una suerte de secuestro mutuo de rehenes a escala mundial, implicando a todos en el juego. Véase, sobre el

tema, Jean Braudillard, *Les Stratégies Fatales*, Paris, Grasset, 1983; traducción inglesa: *Fatal Strategies*, New York/London, Semitex(e)/Pluto, 1990, pp. 34-49: «Ni vivo ni muerto, el rehén queda a la espera de un resultado incalculable. No es su destino lo que le espera, sino una suerte anónima, que no puede más que parecerle algo absolutamente arbitrario». También Braudillard, *La Transparence du Mal*, Paris, Galilée, 1990, pp. 32-42 en «Transéconómique»: «La extraordinaria visión de esta deuda que rota, de estos capitales inexistentes que circulan, esta riqueza negativa que un día, sin duda, cotizará en Bolsa junto a todo lo demás».

³² Op. cit. p. 43.

desarrollo sostenible. Lo que se escucha en el fragor de la batalla es el discurso de valoración coste-beneficio como vehículo de la legitimación del capital *incluso mientras la liquidación de la naturaleza y de los humanos tiene lugar.*

9. CONCLUSION: RESISTENCIA Y RECIPROCIDAD

La indeterminación inherente a las actuales luchas sobre los propósitos a los que deben asignarse los recursos ambientales da lugar a manifestaciones proféticas, como por ejemplo la de James O'Connor, quien nos sitúa históricamente en un periodo,

en el que nada puede darse por sentado, en el que la movilización de recursos y una buena estrategia política y un buen liderazgo decidirán de una forma u otra si las condiciones de producción se definen según los deseos del capital o de los trabajadores, comunidades rurales y poblaciones urbanas.³³

Al mismo tiempo, los discursos acerca de considerar los derechos de las comunidades y de los pueblos indígenas y los valores ambientales, tienen su lado trágico. Individualmente, cuando un grupo perteneciente a una comunidad gana una batalla, obtiene una compensación por los daños sobre la salud causados por un vértido tóxico o por una medicina peligrosa, o salva una montaña de las excavadoras, nos alegramos. Pero sería desastroso si la gente fuera a creer que tomar en cuenta el «verdadero valor» de las cosas (y de las personas) tiene algo que ver con realizar un análisis coste-beneficio completo y correcto.

La lógica de la valoración coste-beneficio es intrínseca al capitalismo y se deriva de su lógica instrumental, egoísta y competitiva. Recurrir a ella tiende a reproducir las contradicciones inherentes al proceso capitalista sin resolverlas. En la situación actual de

dominio político del capital en todos los rincones del planeta, el principal efecto del proceso de capitalizar y poner precio a todo es dar a conocer que todas las cosas se valoran por su condición de *medio para alcanzar el fin de la acumulación de capital.* Esto es muy evidente cuando se aplica la regla de la «disposición a pagar», puesto que esto deja a todos los potenciales usuarios —sean capitalistas o ecologistas— sujetos al poder arbitrario del mercado. Incluso cuando se reconoce formalmente la propiedad de grupos de «intereses locales» sobre capitales ecológicos, el efecto es una movilización de los recursos (su entrada en el reino del valor de cambio) en nombre de los más altos intereses del capitalismo como forma social dominante.

En la sociedad mercantil del «sálvese quien pueda», los ganadores usan y utilizan para sus fines a los perdedores. Los perdedores son personas determinadas (trabajadores y consumidores o desempleados no consumidores) y son colectividades, ya sean empresas, comunidades o sociedades enteras, ecosistemas o especies. En la loca carrera por la supervivencia, la incoherencia de todos estos esfuerzos fragmentarios de valoración, actúa como una cortina de humo que desvía la atención de la absoluta imposibilidad, incluso en teoría, de una «gestión racional» de toda esta naturaleza arbitrariamente capitalizada. Por ejemplo, muchos de los pueblos *relativamente* explotados de los países del Norte luchan legítimamente por tener un mínimo de salud y por la supervivencia económica, pero se obcecaban por defender un «estilo de vida» que es en esencia explotador de las economías del Sur y que desdeña las formas de vida de estos pueblos.

Por todo ello, la cuestión sigue vigente: gestión (¿sostenible?) de las condiciones de producción, muy bien, pero ¿según los deseos de *qué* trabajadores, de *qué* comunidades, de *qué* poblaciones urbanas? Mientras que en muchas situaciones se puede tener la certeza de que se dan *injusticias relativas*, este discurso sobre una movilización popular no nos permite aún comprender la base,

³³ 1990, *op. cit.*, p. 5.

las posibilidades y los límites de *las opciones reales que implica* la coexistencia humana en un mundo finito.

Hablando en términos abstractos, este problema de la coexistencia seguramente desafía la posibilidad de alcanzar una solución satisfactoria. En la práctica deben, con un mayor o menor grado de convicción, plantearse diversas soluciones. La resistencia radical a las depredaciones del capitalismo debe basarse en un rechazo de la lógica del propio sistema capitalista, es decir, *repudiar la idea y resistirse al proceso real de comercialización / capitalización* de la naturaleza, del trabajo y

de la infraestructura. Del mismo modo, se debería buscar la coexistencia respetuosa de las diversas formas de vida y capitales —humanos y de otro tipo—, sobre la base de *renunciar* (i) al mito del control auspiciado por la Ilustración, y (ii) a la norma de acumulación en beneficio propio. Los llamados derechos son sólo una parte de la historia, la otra es la disposición a aceptar las obligaciones (materiales y simbólicas) y las limitaciones de la reciprocidad. Estos son los ámbitos en los que se ha de teorizar y que en la práctica hay que explorar, a escala global y local, en los próximos años.



Nº 46 - Abril

El periodismo de filtración (**Mariano Ferrer**, entrevista)

La crisis del cooperativismo. Iñaki Uribarri

Exclusión social (Mario Gaviria, Miguel Larrea, Manuel Aguilar, entrevista)

La doctrina Clinton (Noam Chomsky, segunda y última parte)

**El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional,
cincuenta años después.**

Discutiendo: Sobre participación electoral. Sobre el marco autónomo sindical. Sandinistas discuten cómo volver a ser mayoría. Las acciones armadas y la paz. Discusiones postmodernas. La realidad del feminismo.

Crónicas. Reseñas. Agenda cultural. Ocio...